

Presentación

El tomo cuatro de *Tópicos*, al igual que los anteriores, nace de las interrogaciones y reflexiones expuestas en el Seminario de Estudios de la Significación. En esta ocasión, nos referimos de manera especial pero no exclusiva a los módulos de discusión La descripción del tiempo, dirigido por Roberto Flores Ortiz, en 1998, y Experiencia y significación, dirigido por la compiladora de este número, en 1999. El tomo reúne trabajos desarrollados a partir de las exposiciones en estos módulos así como aportaciones independientes en las cuales confluyen disciplinas tales como la lingüística, la semiótica, la etnología, la fenomenología y la crítica literaria. Confluyen, pero también presentan divergencias que ofrecen una amplia gama de pautas para continuar la reflexión y la polémica en torno a la temporalidad, los procedimientos de temporalización y la figuración del tiempo en los textos del lenguaje verbal y no verbal.

Los artículos que aquí se ofrecen al lector, ciertamente dan cuenta de la polemicidad. Sería difícil nombrar un fundamento único sobre el cual descansan las distintas miradas y aproximaciones, salvo la preocupación compartida por los procesos de significación y la pregunta de cómo emerge el sentido temporal en el proceso de semiosis y, de manera más específica, en la orientación discursiva de un texto. Las reflexiones de Roberto Flores, a este respecto y con base en un análisis lingüístico, nos previenen de buscar el sentido temporal donde, aparentemente, se manifiesta de manera obvia. Es por ello, que hemos optado por abrir la discusión con esta aportación para, luego, presentar

los trabajos que, de una u otra manera, se centran en la lectura analítica de los textos: un ritual, un poema y una novela, para finalmente concluir con el comentario analítico de Rodolfo Santander sobre el tiempo en la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y la discusión de Raymundo Mier en torno a la temporalidad en el proceso de semiosis, según la perspectiva de Charles S. Peirce.

A manera de introducción, presentamos un resumen de cada uno de estos trabajos, sin tratar de trazar un hilo conductor que los uniera, ya que creemos que cada uno constituye una unidad por sí mismo. Es una suerte de lectura segunda que se impone sobre la lectura primera de los autores, lo cual necesariamente implica sesgos motivados por las inquietudes de quien elabora el resumen: habrá omisiones donde los autores probablemente habrían preferido un énfasis o, a la inversa, el resumen resalta argumentos como centrales que en los textos sólo se perfilan como auxiliares.

Roberto Flores cuestiona la pertinencia o la validez de un valor intrínsecamente temporal de las formas verbales y, en consecuencia, pone en duda que el papel central de los tiempos verbales sea el de la localización temporal. En su aportación "El significado de las formas de presente y futuro en español", el autor parte de una reflexión crítica sobre la distinción entre *tense* y *time* y el modelo de Hans Reichenbach que plantea la localización temporal relativa a la instancia de la enunciación, el punto de referencia y el suceso. Contraria a esta perspectiva, la tentativa del texto de Flores se guía por la aseveración de que "la morfología del verbo es impura", ya que si bien puede significar tiempo, también es portadora de significados distintos. Aún más, a lo largo del texto, la hipótesis se va agudizando, al afirmar el sentido temporal como efecto del discurso e ir mostrando la primacía de los significados no temporales. Sobre la base de un acercamiento semasiológico, se distingue entre forma, valor y uso para emprender el análisis que, en un primer momento, arroja el resultado de que el uso muestra valores temporales distintos de las formas temporales. Sin embargo, el peso de la

discusión cae sobre los valores no temporales que, en el caso del presente, se centran en la categoría de compromiso/desapego, retomada de Harold Weinrich, y, en cuanto al futuro, giran en torno a un sentido fundamentalmente modal: la /futuridad/ descansa en una modalidad deóntica del hacer o en una modalidad alética del ser o estar.

Alma Yolanda Castillo Rojas y Ambrosio Javier Luna Reyes reflexionan sobre los "múltiples tiempos simultáneamente presentes" en el carnaval de los barrios de la ciudad de Puebla. En su trabajo "Textos sincréticos y redes de temporalidad", los autores explicitan sus fundamentos teóricos donde cabe destacar su comprensión del texto como acontecimiento. Entienden el carnaval como texto sincrético "conformado por múltiples soportes materiales y códigos" y describen su lectura enfocándose en las redes temporales que definen como la "coexistencia dinámica de diferentes formas de temporalizar y de representar tiempo". Las unidades temáticas se ubican en una sucesión sujeta a una programación temporal altamente regulada, externa, la cual difiere del sistema de regulación interno: las localizaciones temporales y duraciones de los eventos de la fiesta se determinan por el ritmo propio de ésta. A ello se agregan otros mecanismos de temporalización, como la música y las danzas que establecen ritmos propios, la vestimenta y la gestualidad que contribuyen a la temporalización de los actores, los tiempos y *tempos* individuales de los actores, y los actos de habla que operan desembragues y embragues entre el tiempo enunciativo del acto de representar y el tiempo enuncivo del mundo representado. El carnaval se entiende como policronía caracterizada por una paradoja que, en términos temporales, se manifiesta en la copresencia de pasado y presente, la cual, a su vez, comporta un juego de variaciones.

En "La mirada en el tiempo", Raúl Dorra nos presenta sus reflexiones sobre un ejemplo de la lírica tradicional española, las cuales se centran en el escrutinio sobre la temporalización del deseo: "el deseo toma las formas del tiempo". Con base en

la lectura de los distintos *tempos* de la canción, el autor muestra que los versos sujetos al análisis no sólo tematizan el tiempo sino que hacen ver una imagen del tiempo. Dorra propone tres modos de lectura que giran en torno al elemento sintáctico “que” —vínculo o “punto de inflexión” entre los dos pares de versos. El primero, el modo ilativo de la lectura, opera el cambio de un *tempo* normal hacia una desaceleración, mientras que el segundo, el modo relativo, ofrece un *tempo* uniforme. En ambos casos el elemento “que” se comprende como una reiteración que desplaza la focalización de lo objetivo hacia lo subjetivo. La tercera lectura —según el modo suspensivo— parte de una desaceleración del tempo hasta quedar en suspenso e inaugurar una duración indefinida. Esta lectura permite descubrir una tensión y el surgimiento de un observador como sujeto apasionado. El acto de observación se refiere a un objeto doblemente diferido que se instaura como una intensidad sin objeto, esto es, el objeto de la mirada toma la forma del tiempo y el acto de observar, el autor lo describe como “una mirada que mira un mirar”.

“Una lectura expectante sobre el tiempo” es el trabajo que ofrece Ingrid Geist sobre *La montaña mágica* de Thomas Mann. Describe su lectura escrutante de la novela a la vez que el escrutinio sobre su propia lectura, al presentar sus expectativas que se debaten con las incertidumbres, inducidas ambas por la alternancia entre narrador digno y no digno de confianza. El trabajo de Geist aborda las experiencias del personaje que parecen perfilarse como una suerte de rito de iniciación, expectativa que queda defraudada, al igual que la expectativa de una experiencia del tiempo de ficción a manera de una aproximación narrativa al tiempo fenomenológico. En lugar de ello, la autora se encuentra con vías de desfiguración de las marcas temporales que giran en torno a un juego con los términos alemanes que denotan el binomio entretenimiento-aburrimiento. De la puesta en juego surgen las connotaciones temporales de brevedad-largura y abreviación-alargamiento que desembocan en una eternidad sombría de la cual se desprende la tematización de una

espera desprovista de temporalidad. El tiempo auténtico aparece como tiempo negado por el curso del relato, sin embargo emerge finalmente por las implicaciones del verbo temporarizar (*zeitigen*) hasta hacer irrumpir el tiempo histórico, lo cual motiva a la autora a preguntar por el estatuto del problema del tiempo planteado en la novela.

“Experiencia y realidad del tiempo según Hans-Georg Gadamer. Bases para una reflexión filosófica sobre la experiencia epocal” es el título del trabajo de Rodolfo Santander que comenta un texto del discípulo de Heidegger: “Del tiempo vacío y cumplido” (*Über leere und erfüllte Zeit*). La interrogación se centra en el acontecimiento demarcador en la transición histórica de una época a otra. No puede tratarse de un mero punto de referencia según las convenciones establecidas por una disciplina, sino es preciso retornar a la cuestión del tiempo, para lo cual Gadamer —y, junto con él, Santander— argumenta las propuestas de Heidegger con base en un diálogo con la tradición filosófica en Occidente. El curso de la argumentación nos lleva a ver en el “acontecimiento que hace época” el fundamento de la temporalidad histórica. Este acontecimiento se inscribe en la dialéctica entre lo viejo y lo nuevo, donde la “transición” se descubre como el ser verdadero del tiempo, transición que, por su naturaleza propia, plantea la necesidad de una despedida. En ésta, el tiempo se detiene y es por eso que la transición también es comienzo de manera tal que pasado y futuro se segregan a la vez que se ligan. En una referencia a Friedrich Hölderlin, se menciona que al agente del drama histórico no hay que buscarlo en la culpa sino en la despedida y el cumplimiento del tiempo. El pasado tiene que hundirse para dar lugar a un futuro indeterminado, debe de haber una voluntad que busca la consumación del tiempo, la cual, justamente, presupone la capacidad de poderse despedir, de no aferrarse ni al pasado ni al presente.

El escrutinio sobre la temporalidad intrínseca en el proceso de significación es el tema central del trabajo de Raymundo Mier sobre “Tiempo, incertidumbre y afección. Apuntes sobre

las concepciones del tiempo en Ch. S. Peirce". El autor parte de una definición peirciana de la experiencia que pone en juego la continuidad y discontinuidad de las sensaciones y presencias. La experiencia del tiempo emerge del flujo de las sensaciones, entendidas éstas no como analogías sino como respuestas ante la mutabilidad del objeto. Estas respuestas hacen posible significar el tiempo, puesto que las sensaciones comportan un carácter relacional, donde la noción de relación implica asimetría y distanciamiento en el tiempo. La lógica misma, pues, está impregnada de temporalidad, en tanto que la afección —rasgo esencial de la relación— se plantea como el fundamento del vínculo de las ideas que se convocan en una sucesión serial y que desembocan en un acto de fijar la creencia y el hábito, ambos permeados, sin embargo, por la incertidumbre que, en consecuencia, también se introduce en las formas del juicio que descansan sobre las tres dimensiones de las modalidades subjetiva y objetiva: realidad, necesidad y posibilidad. Sobre esta base, el tiempo, entendido como una modalidad objetiva, sin embargo, único y *sui generis*, se describe en sus tres dimensiones: el presente como una instancia relacional de instantes infinitesimales, el pasado como modo existencial del tiempo y desdoblado en un pasado vivido que "surge de la dinámica de destrucción de las sensaciones" y otro que "surge de la mera narratividad" cuyo impacto es el de una suerte de futuridad. El futuro, por su parte, se nos presenta en un desdoblamiento que, por un lado, apunta hacia la regla, el hábito y la necesidad, mientras que, por otro, en tanto que futuro contingente, implica la vaguedad de la certeza y el azar.

Invito al lector a que emprenda su propia travesía reflexiva por los trabajos aquí reunidos, a descubrir sus afinidades, encontrar sus puntos de divergencia y formular las preguntas, necesarias para unirnos en la empresa de comprender el enigma del tiempo.